

Hugo Rodas Morales

Marcelo Quiroga Santa Cruz

El socialismo vivido



Capítulo XI

EL DESACUERDO SOBRE DOS FECHAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

A *Cristina Trigo, compañera y esposa infatigable de Marcelo.*

Agradecimiento a Plural Editores por la autorización de la publicación del capítulo XI de la obra completa: *Marcelo Quiroga Santa Cruz. El socialismo vivido.*
La Paz, diciembre de 2010.

Presentación

Hora 25 presenta este texto magistral, “El desacuerdo sobre dos fechas de la Revolución francesa”, capítulo XI, parte de la obra “Marcelo Quiroga Santa Cruz. El socialismo vivido” de Hugo Rodas Morales.

Lo hacemos con la convicción de generar debate y reflexión en torno a temas fundamentales del momento histórico presente.

En este texto se encuentran la genealogía, trayectoria y prácticas de dos organizaciones políticas fundamentales de la política nacional: el Partido Socialista (PSB) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) fundados en los sesentas. La primera tendría como protagonista a Marcelo Quiroga Santa Cruz y la segunda a René Zavaleta, uno de sus más lúcidos componentes.

Hugo Rodas infiere un debate teórico político fundamental entre Marcelo Quiroga y René Zavaleta, sobre el significado de la Revolución francesa para comprender los alcances de la Revolución de 1952, y sus implicaciones actuales y el decurso político e intelectual distanciado que tendrían estos dos pensadores.

La cuestión central de este texto plantea la posibilidad de superar el horizonte del nacionalismo revolucionario o populismo de derecha vigentes, con el socialismo vivido que enarbolara Marcelo a través de una ética libertaria sin concesiones.

Consejo Editorial Hora 25

Contra los ríos de sangre



1952-1964



La noche de los trabajadores de Bolivia. Y sin embargo...



Los bolivianos ya no tendremos patria hasta que los mineros aprendan a decir "nosotros" en lugar de la patria abstracta, del "pequeño mundo en el que todo fue mezquino menos el sufrimiento" (Sergio Almaraz). Viven como individuos, con su destino de 35 años, lo que vive Bolivia como nación. Y sin embargo, *conocer el mundo es ya casi transformarlo*.

("Ni Piedra filosofal si summa feliz", en suplemento "Así es" del periódico *El Día*, México, D.F., 27 de mayo al 2 de junio de 1983, p. 9).



Campamento minero de Catavi, cerca de "Siglo XX".

(Ver "Torres. El nacionalismo revolucionario en Bolivia", en fascículo de Hugo Sacchi: *Historia de América Latina en el siglo XX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971-1985, p. 126).

El desacuerdo sobre dos fechas de la Revolución francesa (capítulo XI)

“Derecha” e “izquierda” carecen de un valor semántico absoluto. Como desde el origen mismo de su utilización, la fortuita y efímera ubicación de los jacobinos en la siniestra (presagio funesto) de la Asamblea que los diestros (también augural, pero de su reconocida habilidad para restaurarse). No se trata de las conductas oportunistas de los ambidextros que sobrenadan las contradicciones sociales con dos manos y cosechan el resultado con ambas, sino de la distinta ubicación [de] una misma tendencia observada desde los extremos del espectro político [...] cuando el juicio valorativo excluye la lucha de clases, como término de referencia, y se complace en los aspectos adjetivos de la actividad política.¹

EL PLAN INICIAL DE LA policía política de Barrientos, luego de secuestrar a Quiroga Santa Cruz en el Palacio de Justicia, era fusilarlo sumariamente en Acha-chicala, donde se lo hizo descender del vehículo militar antes de la contraorden recibida, ante la denuncia de medios de comunicación sobre su paradero incierto pero en manos de agentes del gobierno. Entonces se lo trasladó a instalaciones militares para ser enviado a la inhóspita región tropical de Alto Madidi (norte boliviano, departamentos de La Paz y Beni) en calidad de confinado, donde ya se encontraban René Zavaleta y otros dos dirigentes a los que mencionara Quiroga Santa Cruz en la primera declaración de prensa que le fue posible, para destacar la situación de todo el grupo.

Al confirmarse la presencia de René Zavaleta Mercado en el confinamiento de Alto Madidi, el periódico Jornada (dirigido por su amigo y periodista Jorge Suárez) señaló: “Es importante observar que el caso de Quiroga es apenas uno de varios otros que se encuentran aún pendientes de solución. Por ejemplo René Zavaleta. Este joven dirigente del MNR debe rendir en estos días sus exámenes de grado para optar a la licenciatura en Derecho y requiere ser puesto en libertad, así sea por el tiempo estrictamente necesario. Ojalá el Presidente de la República recoja esta demanda”. Este medio demostraba cierta credulidad en el anuncio de Barrientos de permitir el retorno de los confinados.²

En Madidi se evidenciaron pálidamente las profundas diferencias políticas entre Quiroga Santa Cruz y Zavaleta Mercado, en cuanto a la idea y praxis revolucionaria de ambos y a la lucha política en Bolivia, tanto en términos de militancia como en relación a la táctica militar, que se transparentará a través de la tensión entre dos nuevas organizaciones políticas que resultarían fundamentales en la política nacional, próximas en el tiempo veloz de la dinámica política boliviana y fundadas el mismo año, 1971: el Partido Socialista de Bolivia (PSB) que resultaría de la fusión de cuatro organizaciones, y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) que sumaba a otras tantas. Mientras Quiroga Santa Cruz sería miembro fundador de la primera, Zavaleta pertenecería no sin reservas a esta última, bajo la tesis política del “entronque histórico”³ con el proceso revolucionario de 1952 dirigido por el MNR y se daría a conocer como parte de la “nueva generación de izquierda”.

Un dato central de las discrepancias entre ambos intelectuales, tiene relevancia para la historia anterior y posterior a 1968 en la política boliviana y fue levemente mencionado por Quiroga Santa Cruz, según recordaría su esposa Cristina le fue transmitido por Marcelo en comunicación desde Madidi: “Zavaleta está preso conmigo y no estamos de acuerdo sobre un par de fechas de la Revolución francesa”⁴. Se trata por tanto de inferir, a través de una reconstrucción teórico-política el significado de aquellas dos fechas en desacuerdo (cuáles eran) significando políticamente primero la interpretación de ambos intelectuales sobre la Revolución francesa en su alcance universal como “la revolución de su época”⁵, es decir, de la época moderna, para luego comprender las razones del decurso político-intelectual distanciado que tendrían Zavaleta y Quiroga Santa Cruz en lo sucesivo.

Este “desacuerdo en fechas” tenía como ur-historia específica la mezcla de la prosa literaria con la política que marcaría la relación entre ambos intelectuales marxistas bolivianos y puede observarse tanto en la descalificación del MNR sobre el joven (“deshabitado”) crítico de 1952 Quiroga Santa Cruz, como en la exclusión de todo diálogo con éste porque se lo calificaba como parte de la “rosca” antidemocrática que la Revolución Nacional de 1952 habría superado. Quiroga Santa Cruz por su parte, desdeñoso de la actitud de la pequeña burguesía del MNR le había reprochado al propio Zavaleta, con el humor e ironía agudas que caracterizaban al diputado independiente y luego dirigente socialista, esa exclusión, con una frase que recurría a múltiples dimensiones del derecho que el intelectual del MNR, René Zavaleta (abogado él mismo) supo entender sin duda. [Ver contraportada de Hora 25]. Se trataba de un “respeto mutuo” que se traducía en inocultable distancia por compromisos disímiles con la historia política boliviana.

El objetivo de reconstrucción sintética e intertextual de la historia de la Revolución francesa se inscribe entonces en los límites del esclarecimiento teórico-político de distintas interpretaciones de la lucha de clases, relacionadas al surgimiento de práctica plurales a favor de una nueva izquierda en Bolivia a fines de los ´60, más allá del bizantinismo cronológico de las fechas, que sin embargo, habrá que hipotéticamente inferir. Aunque el tema de la Revolución francesa (1789) tiene un alcance general y su debate fuera continuo (Marx, en opinión del conservador Furet, es el mejor ejemplo de una interpretación continuada de la Revolución francesa) el supuesto acerca de su significación universal es obvio: en el grado que fuera, la Revolución francesa porta aristas de un cambio en la política y la historia de la nación en todo Estado moderno y no sólo en el Estado francés, que señala un hito respecto al sentido progresista de un acontecimiento revolucionario al menos de los siglos XVIII al XX. Se trató de un cambio radical en la estructura del absolutismo (y sus formas de rearticulación posteriores) del que la sociedad burguesa moderna y el socialismo (superador de la primera) se consideran herederos. Una respetable interpretación conservadora de los escritos de Marx al respecto⁶, el texto consagrado oficialmente por el Estado francés de François Furet (proceso indirectamente indicado en el epígrafe de Quiroga Santa Cruz respecto a la habilidad de la derecha para restaurarse después de la Revolución), contrapuntea esta síntesis del ascenso de la clase burguesa en el siglo XVIII y el cambio de formas feudales en Bolivia que habría producido la “Revolución Nacional de 1952”, las comillas responden a la controversia de su

devenir como hecho revolucionario usurpado por una burocracia pequeño burguesa, según Quiroga Santa Cruz.

Respecto a la problemática legitimación moderna del poder y desviación en la Bolivia de 1964, por la existencia de una organización burocrática sobrepuesta al pueblo al plantearse interesadamente idéntica a este (MNR) y que actuara por él bajo la legitimidad de la violencia estatal, dos textos contradictorios de René Zavaleta Mercado (militante y teórico del MNR derrocado en 1964) ilustran su posición al respecto, uno de los cuales no se conoció sino décadas después por razones eminentemente políticas, para evitar la disonancia entre ambos. Se trata de *La Revolución boliviana* y la cuestión del poder (antes de las elecciones de 1964) y el autocensurado hasta su muerte y propiamente autobiográfico *La caída del MNR y la conjuración de noviembre* (Historia del golpe militar del 4 de noviembre de 1964 en Bolivia) que es una memoria del mismo año, fechada en 1970. Ambos textos exhiben analogías explícitas con el proceso de la Revolución francesa; incluso el segundo (que sólo se publicara con autorización de la familia en 1995 y fue escrito después de su desacuerdo con Quiroga Santa Cruz) es una reinterpretación del golpe de 1964 en Bolivia, basada en la historia clásica de Mathiez sobre el hecho francés (presente en las lecturas de Gramsci y Lenin al respecto). Incluyo a Furet para enriquecer el análisis, considerando su lectura conservadora de Marx y la Revolución francesa, porque distingue los años 1789 (inicio formal de la Revolución) y el de 1871 (Comuna de París, superadora del hecho anterior), además de febrero de 1848 en Alemania, sugiriendo atender lo que escribiera Marx en 1950 sobre ambos hechos y el rezago político alemán en comparación a Francia.

Quiroga Santa Cruz era crítico del clásico Rousseau y del concepto de “voluntad general” en particular, que le parecía propicio a una manipulación pequeño burguesa de la dirección del hecho revolucionario, por su certeza acerca de la necesidad insatisfecha de un partido político ideológicamente consistente, inexistente en la Bolivia de 1965 y aun después:

El drama individual de los políticos lo es también, aunque colectivo y por ello de aspecto deshumanizado, de las organizaciones de que forman parte. Su existencia en nuestro medio es tan precaria y son tantos los peligros que las amenazan [que podrían dejar] a nuestro pueblo, como Rousseau imaginó al que le sirviera para construir esa evangélica teoría del Contrato Social, es decir, una muchedumbre dispersa y desorientada.⁷

Y mantendrá más adelante que esta noción de la teoría política roussoniana es apta para proyectos políticos no realistas, propios “de la imaginación de Rousseau” escribirá una década más tarde, sobre la solución de contradicciones peronistas en la Argentina previa al golpe militar de 1976.⁸ Es sabido que Robespierre y Saint Just, entre otros dirigentes del hecho revolucionario francés, desplegarían una relación singular entre lo que un biógrafo del primero llama “la fuerza directa” y la agudeza de las frases francesas.⁹ Lo que la “voluntad general” de Rousseau anticipaba, en particular durante la etapa más radical, jacobina, se relacionaba a la proclividad de los hombres en transgredir la ley para asegurarse una vida más fácil, lo que condu-

cía a una “fatal ignorancia de las cosas de la vida [como un proyecto para] aplastar las múltiples irregularidades de la viva realidad”.¹⁰ Quiroga Santa Cruz tenía un concepto menos generalizador de la realidad; no se había frustrado literariamente (como Robespierre que descuidaba lo menudo) o periodísticamente (como Zavaleta) sino que su parecido con el líder de los jacobinos franceses se reducía a cierto aspecto físico delgado y, tal vez, a una apreciación permanente de la justicia. Contextualizando el epígrafe de este capítulo, puede leerse con claridad la segunda etapa, la del Terror impuesto por los jacobinos, en el propio término que señala “la izquierda de la Revolución” como siniestra, y la expropiación final del proceso por los diestros, la recomposición burguesa con un “hasta hoy” que se puede actualizar sin alterar el espíritu de la cita, es decir, hasta el capitalismo de la burguesía francesa contemporánea y de la Bolivia dependiente.

El ciclo histórico de la Revolución francesa abarcó de 1789 a 1871, año en que después de la guerra franco-prusiana acontece la Comuna de París, pasando por el régimen parlamentario de 1815 del control “directo” del Estado por las clases dominantes y la República conservadora de 1848, hasta que el ecumenismo burgués demuestra sus límites en 1851 (Estado bonapartista) cuando los campesinos, con un voto en apariencia antiburgués, sellaron una alianza encubriendo así su dependencia del dinero de la sociedad burguesa, en favor de una decadente pequeña burguesía rural.¹¹ Marx consideraría inicialmente, que la Revolución había durado de 1789 a 1830 y que los golpes de Estado posteriores se explicaban como la independencia relativa lograda por el Estado, su reorganización respecto de la sociedad. La Revolución francesa buscaba una nueva identidad colectiva, una entre gobernantes y gobernados a través de una disputa entre discursos de distintos grupos en el poder entre 1789 y 1795, que buscaban apropiarse de la legitimidad de los representantes de la “voluntad general” roussoniana: “El efecto histórico de este proceso fue la construcción de una nueva máquina de poder que, en nombre de la democracia, restablecía el absolutismo que se proponía destruir”.¹²

La lógica de otros intelectuales atentos a la Revolución francesa, como Furet o Carl Schmitt advirtieran acerca de la constitución del sujeto revolucionario en contraposición al “otro”, el enemigo como algo útil para fines no conservadores o antidemocráticos¹³ y un fenómeno real respecto a la antinobleza y el complot o la traición antipatriótica aristocrática en favor de potencias extranjeras, “contra los ‘patriotas’ revolucionarios”.¹⁴ Se trata de “enemigos” abstractos que movilizaban palabras para salvar a la Revolución y conformaban el núcleo de su propia legitimidad, lo que abrió campo al Terror. La Constitución francesa votada en 1793 fue suspendida para combatir la amenaza interna de guerra civil y la externa respecto a países enemigos, de modo que el Terror revolucionario fue aplicado contra el “enemigo del pueblo” (el opositor a la “voluntad general” roussoniana) por el Comité Jacobino de la Salud [Seguridad] Pública en 1793: “Entre el pueblo y sus enemigos, nada puede haber de común excepto la espada”.¹⁵ Así, la legitimidad soberana del pueblo como lógica de la soberanía revolucionaria (el jacobinismo sustituido ficticiamente por el pueblo y el Estado, en tanto “democracia pura”, de modo que sus líderes guillotizados probaban que el poder se mantenía no por sí mismo sino por

el pueblo soberano) reemplazó a la legalidad constitucional: “[Robespierre] era el pueblo para las sections” y restauraba continuamente la perfección entre el pueblo y las diferentes asambleas que decían hablar en su nombre.

En realidad se trataba de un símil de la “rosca” metamorfoseada por el MNR en la forma clásica de un círculo de allegados del poder [...] una organización que prefabricaba un consenso y que tenía un control exclusivo sobre él.¹⁶ Al constituirse una maquinaria estatal francesa poderosa, la reacción del Termidor correspondió a la sociedad civil, como Marx bien señaló. Al guillotinarsse a Robespierre se eludió el hecho de que el Terror no provenía de una persona y la nueva lógica de guerra, que contradecía incluso la Declaración de los Derechos del Hombre, reemplazó a la anterior “defensa de la patrie” y pasó a encarnar la revolución y el Terror a la vez, inaugurando la “otra zona de poder soberano moderno sin control”.¹⁷ De acuerdo a Marx, si los orígenes intelectuales de la revolución francesa debían verse en la Ilustración, entonces la burguesía francesa tenía un proyecto revolucionario que desarrollar en nombre del hombre. En cambio, la burguesía alemana sólo acentuaba su mistificación universalista; la “buena voluntad” de Kant había sido el disfraz ideológico de su impotencia, tan distinta de “la energía y la definición”¹⁸ de la francesa que, a la sombra de la monarquía, desarrolló la unidad nacional mediante un liberalismo doctrinario, generado a partir de intereses burgueses (de clase) reales. Esta crítica alcanzaba a Rousseau, a quien sin embargo Marx consideraba un teórico lúcido de la “abstracción” democrática, porque la Revolución francesa inventaría un Estado que se constituyó ab initio sobre abstracciones, en el periodo del Terror jacobino, que quiso encarnar lo universal en lo particular (1793-1794): segunda marea cuatro años después de la Revolución, plebeya, desde las aldeas (y antes de la reacción del Termidor y el Imperio) que expresaba una radicalización política (Robespierre, 1794) mediante la cual un proletariado inmaduro pretende sobrepasar a la burguesía.

Producto de una crítica intelectual de Marx sobre Hegel (y sobre Rousseau, a quien Hegel consideraba el primer teórico del Estado moderno, por fundarlo en la razón bajo el principio espiritual de la voluntad, salvo por su idea de individuos unidos bajo un “contrato social”)¹⁹, surgirá, a propósito de la ejemplaridad de la Revolución francesa, una concepción del Estado en ruptura con la hegeliana conocida 84 años después de escrita (1927): “Los alemanes, conducidos por nuestros pastores, sólo acompañamos a la libertad un día: el de su entierro”.²⁰ Marx se refiere a que el derrocamiento del antiguo régimen en Francia continúa representándose como comedia en Alemania; si lo nuevo aparece en forma trágica, lo decadente tiene forma cómica. Con todo y puesto que consideraba a Alemania como una conciencia teórica universal, la Revolución francesa sólo había sido parcial, emancipando a los burgueses propietarios (parte de la sociedad civil) pero sin llegar a ser “universalmente humana”.²¹

A la revolución del ciudadano (citoyen) debía seguir la del hombre, pero Alemania no contaba con un sector de la sociedad que pudiera fungir como representante social de la misma. Hegel ya había colocado al Estado en el centro de la Revolución francesa y de su fracaso ante su “inestabilidad política consustancial [...] característica de la impotencia de los revolucionarios para separarse de la sociedad

civil a fin de pensar en el Estado”²², algo que en todas sus palabras puede decirse de la política boliviana de 1952, aunque la connotación negativa de conflictos enmarañados que ha merecido, sería motivo de otro debate.²³ Furet “denuncia” que Marx no abandona sus tesis de juventud respecto a la determinación del Estado por la sociedad, añadiendo un contenido tendencioso al pretender criticar toda la “tradición política democrática radical”²⁴; en cambio Marx advierte que Napoleón se inscribía como parte de la resistencia (la última, fase final para una separación serena del pasado) del terror contra la sociedad burguesa; la “ilusión política de la democracia” que atribuía a la revolución se restringía a un momento en que el movimiento revolucionario crecía y entonces, la revolución era la forma ideal de la democracia siempre y cuando las desigualdades socioeconómicas no se modificaran: el periodo del Imperio en el decurso de la Revolución francesa, disfrazaba ante los obreros al Estado moderno.

Junto con la Revolución inglesa de 1648, la francesa constituye un modelo de revolución “europea”; génesis del Estado democrático era la esencia de la revolución. Según Marx no se trata de la obsesión termidoriana de “terminar la revolución” (dominada por la pequeña burguesía) sino de iniciar otra, proletaria²⁵, cuya promesa habría perseguido al propio Marx en el sentido de que toda revolución posterior sería paródica: “La República, la Gironda, la Montaña y el segundo Bonaparte sólo significan una forma particularmente francesa de la falsa conciencia de los actores históricos en relación con su propia acción, y que es la retórica de la imitación”.²⁶ En cambio, para Tocqueville, después de “completarse” con la Restauración que siguió a la República y el Imperio, la Revolución francesa “se reinicia, aunque es siempre la misma”.²⁷ Aquí tenemos una retórica de la repetición por la que una sociedad burguesa “en forma”, parece incapaz de dominar su historia política. Sin embargo, el Estado es el apoderado de los intereses clasistas, a pesar del sufragio universal, novedad republicana que sella la independencia o conformidad de las clases explotadas respecto a las dominantes. El segundo Bonaparte (expresión de los intereses de la clase más numerosa, el campesinado) unifica institucionalmente por segunda vez los intereses burgueses y así, la ilusión de la democracia que impugna Marx, opera siempre como una lógica que recurre sin fin a reducir lo político a lo social, pues la burguesía francesa temería a su propia revolución.²⁸ El aliado burgués del campesinado de 1789 contra los terratenientes, ya es otro.

Parece entonces, según Furet, que el Terror revolucionario (la dictadura jacobina) es fruto de un anacronismo en esta repetición (con el segundo Bonaparte como parodia o falsa conciencia de la realidad histórica) de una ideología sobreviviente frente a los actores de una situación nueva. Para Marx, Robespierre confundió la naturaleza de la sociedad moderna con la del mundo antiguo, creyendo que el Estado virtuoso de Robespierre y Saint Just uniría “los diversos átomos egoístas de la sociedad”.²⁹ Pero no era el Estado sino el interés entre individuos el que los unía, su mutua necesidad, sólo el creerse autosuficientes hacía al Estado necesario; no mantenía a la sociedad civil cohesionada sino a la inversa. El fracaso del Terror se explica en este sentido, por hipostasiar al Estado, convirtiéndolo en la realidad central de la historia y de la sociedad, por confundir a la república antigua basada en la esclavitud real, con el Estado moderno y democrático basado en la esclavitud

emancipada de la sociedad burguesa. Mientras la democracia se funda en los asalariados y la igualdad política en la desigualdad social³⁰, Robespierre creyó fundar con los derechos del hombre modernos una democracia semejante a la antigua, como lo indicaban la referencia en sus discursos a Grecia y Roma, sin considerar la brecha entre la igualdad abstracta declarada por la democracia moderna y la desigualdad real impuesta por la sociedad burguesa. Francia no era la Roma antigua y la violencia revolucionaria del Terror evidenció la anacrónica ideología del jacobinismo.

Con el segundo Bonaparte, se trata más bien de un rezago de la conciencia (campesina) sobre la realidad, de modo que así como Robespierre conocía las sociedades antiguas por medio de los libros, los campesinos alcanzan a Napoleón a través de los recuerdos. La ideología en ambos casos surge del desconocimiento de las regularidades históricas, pero en el primero (Terror) es algo efímero, mientras en el segundo o de la conciencia insuficiente, “constituye la memoria colectiva de una clase [campesinado] nacida de la experiencia reciente” y que modificaba la forma del Estado pero no su contenido.³¹ Por otra parte, el “ejército de funcionarios del Estado” (medio millón en la Francia de entonces) le otorga cierta autonomía en la forma de un gran cuerpo parasitario que sustituye a la sociedad y cumple una labor de zapa (al relacionarse a la organización feudal, corporativa y de privilegios colectivos tradicionales) por la que la sociedad medra del Estado que le resulta exterior y lo carcome como una fatalidad, luego de una “abdicación” de la burguesía (el 2 de diciembre de 1851) al dejar de gobernar directamente. Para Marx, los obreros debían cumplir su deber de ciudadanos sin “dejarse arrastrar por los recuerdos nacionales de 1792 como los campesinos franceses se han dejado engañar por los recuerdos nacionales del primer Imperio [Napoleón I, liberador del pasado feudal]”³²; había que distinguir entre el Estado centralizado y los regímenes políticos, el primero sólo cambiado en su estructura por la Revolución francesa, mientras los segundos se establecieron a lo largo del siglo XIX.

En el caso francés, había sido Napoleón quien interrumpiera el nudo de inestabilidad fluida derivada del proceso revolucionario, pero sólo por un tiempo, para retornar a un núcleo conflictivo de dos dimensiones sobrepuestas: la integración de las masas al Estado por medio del terror revolucionario del pueblo soberano, o por la guerra de un Estado-nación “democrático” (Napoleón); tránsito de la revolución permanente a la guerra permanente.³³ La democracia como gobierno del pueblo y la soberanía como poder supremo del gobernante, eran las dos lógicas modernas en tensión como aporte universal de la Revolución francesa, que continuaría en la oposición de la “guerra fría” entre EUA y la ex URSS, considerando el primero (Wilson) que la segunda era un nuevo “caso de Revolución francesa” y que había que rechazar la relación que establecía entre lo económico y lo político, en tanto Lenin sostenía la idea de un “pueblo armado” bajo la noción “radicalmente anarquista” del surgimiento espontáneo de los soviets, rechazando el modelo burgués de soberanía del Estado y propugnando una “democracia desde abajo” sin burocracia, policía ni ejército, siguiéndose el curso real del Terror rojo (contra el reaccionario Terror blanco); el incremento de 600.000 a 4 millones de funcionarios; el control de la clase trabajadora que se volvió el control del Partido hasta que Stalin anuló finalmente la distinción entre Partido y Estado: una soberanía de Partido sin estatus consti-

tucional.³⁴ La interpretación leninista por tanto (como la de Quiroga Santa Cruz por su noción de carencia de historia en los bolivianos), privilegiaba el curso de la revolución sobre su resultado, importando más 1793 que 1789 (en que según Marx el Terror realiza las tareas de la burguesía a la vez que destruyendo temporalmente su poder. Marx también admiraba el radicalismo de 1793: “El principio de la política es la voluntad”³⁵, eligiendo por tanto a los jacobinos (la dominación de la nueva idea de comunidad sobre los intereses particulares o los bolcheviques como los auténticos sucesores de los jacobinos, según Lenin) sobre los constituyentes. Furet refuta esta deriva de la interpretación marxista, señalando que la creencia leninista de que la acción revolucionaria puede y debe cambiar la sociedad era caracterizada por Marx como la ilusión propia de lo político³⁶: la historia de la Revolución francesa como la de un Estado monárquico que ajeno a las clases, sustituye la soberanía de los individuos con la invención del Estado democrático (las implicaciones de la igualdad) mediante la revolución. Marx despreciaba la Francia burguesa y pequeño burguesa que vive de invocar “grandes recuerdos”, por su desconfianza de la retórica jacobina respecto a ese “culto reaccionario del pasado”.³⁷

La teoría del Estado democrático abstracto roussoniano es un imaginario especulativo, cuya verdad Marx analiza en la economía: la emancipación política (ciudadanía) es sólo la separación entre Estado y religión, no el fin de la alienación religiosa o de la “religión del ciudadano”; no significa la reconciliación con la naturaleza del hombre, sino su desdoblamiento en hombre público y privado y el llevar a nivel político la idea cristiana de igualdad; el cristianismo no se realiza con el Estado sino como un “vehículo” del hombre, como su “fondo humano”³⁸ y los individuos que se emancipan políticamente pueden ser religiosos a título privado. Es un producto de lo que en el siglo XVIII se llamaba “civilización” y genera el individualismo como esencia de la modernidad. En este sentido, no sólo Lenin interpreta bien la fecha de 1793, sino que Gramsci añade a Maquiavelo como un caso que se remonta aun antes, en tanto obra “de carácter individualista”, expresiones de una personalidad que desea intervenir en la política y en la historia de su país y en tal sentido tiene un origen “democrático”; existe en Maquiavelo la “pasión” del “jacobino”.³⁹ Esa pasión que será expuesta como la fe de una clase en sí misma y en el pueblo por Marx, requisito indispensable para desarrollar la política en un sentido transformador, encuentra en Quiroga Santa Cruz un certero exponente en la década de los ‘60, cuando comenzaba su actividad política como diputado independiente (1966).

Las revoluciones de 1848, en particular la prusiana y alemana habían dado la tónica de la continuidad del proceso revolucionario europeo, expropiado por la restauración conservadora, enfrentándose (la burguesía) con el proletariado, antes de haberse constituido políticamente como clase, por tanto incapaz de afrontar sus tareas históricas: “La burguesía alemana se había desarrollado de un modo tan inerte, tan lento y tan cobarde [que] no se hallaba a la cabeza porque representase la iniciativa de una nueva sociedad, sino simplemente porque expresaba el rencor de una época vieja de la sociedad [...]; carente de toda fe en sí misma y sin fe alguna en el pueblo [...]; revolucionaria para con los conservadores y conservadora para con los revolucionarios [...]; vulgar por falta de originalidad y original en su vulgaridad [...]; tal era la burguesía prusiana a la que la revolución de Marzo entregó

el timón del Estado”.⁴⁰ En el movimiento revolucionario alemán, sofocado en julio por el poder militar de los Príncipes, participó el joven socialista Ferdinand Lasalle, cuyo perfil retratado por el marxista húngaro Lukács resulta ilustrativo respecto a la influencia de la filosofía idealista alemana de Fichte en Quiroga Santa Cruz, según veremos.

Para René Zavaleta importaba en cambio el remate: “Un Estado Nacional verdadero es el que corresponde a ese gran proceso que se inició en Europa más o menos a partir de la Revolución francesa y que concluyó con la guerra franco-prusiana aproximadamente [1789-1871]. Este Estado Nacional se caracteriza por la realización de la soberanía, o, como ha dicho el presidente [francés] De Gaulle, de la disponibilidad de sí mismo [como] estado moderno”.⁴¹ En mayo de 1964 abogaba en Bolivia por el candidato a la vicepresidencia del MNR, acompañante de Paz Estenssoro, el gral. René Barrientos, así como por el papel de las FF.AA. en general, cuando el MNR ya había perdido todo vigor revolucionario. Su referencia explícita a De Gaulle situaba a la Revolución francesa concluida, en el tiempo boliviano contemporáneo de 1964, es decir, en la situación legal del orden burgués a defender. El paralelo con Bolivia es más claro durante el gobierno de facto del candidato a la vicepresidencia del MNR que Zavaleta defiende (René Barrientos) y su pretendido símil con el presidente francés que gobernara durante la guerra colonialista contra la Argelia insurgente de Ahmed Bem Bella. Quiroga Santa Cruz cita una noticia internacional para justificar su columna periodística del mismo año, en la que las pretensiones de De Gaulle y de Castello Branco (en el Brasil) daban el tono de lo que Barrientos intentaba: la continuación sin límite en el gobierno, adulterando el propio espíritu constitucional-parlamentario burgués, que Marx identificaba como el carácter liberal de la moderna sociedad burguesa: “Las ideas nunca pueden ejecutar nada. [...] Necesitan hombres que pongan en acción una fuerza práctica”.⁴²

Quiroga Santa Cruz interpretaba entonces esta pretensión común a los tres militares mencionados (y veremos que después de Barrientos será Banzer en 1974 quien dicte un orden como el que modelara Castello Branco para Brasil y sus camaradas desde el Estado brasileño, imaginando una geopolítica de “fronteras vivas” agresiva contra Bolivia, capítulos XV y XXIII) como la tendencial disposición burguesa de restaurar un orden reaccionario a partir de un proceso revolucionario previo. En el caso de Francia: “El general [De Gaulle] anunciará su decisión de seguir al frente del gobierno, mientras conserve su energía mental y física”; en el de Brasil:

“[Castello Branco] proscribió las actividades políticas y asumió facultades para gobernar por decreto. [...] El general abolió todos los partidos políticos y así allanó el camino para la creación de ‘un partido de la revolución’. Esto hará posible que los políticos pasen por alto los compromisos de los partidos y se sitúen al lado del gobierno [ejerciendo] por primera vez sus nuevos poderes al decretar castigos por transgresiones políticas”.⁴³

Zavaleta decía definir los temas que trataba desde lo que él es, con lo que se entiende que asume conscientemente el nuevo estado de orden de la Revolución, el de un partido “victorioso” (MNR) que se remontaba a la masacre minera de Catavi en 1942, defendiendo al MNR y sus dirigentes de las críticas del “antiimperialismo

cipayo” de FSB (Mario Gutiérrez), cuyo origen calificaba de manera nacionalista como “exógeno y alienado” (prochileno), además “fundado por un español”. Luego se refiere a dos fracciones desprendidas del MNR: el PRA de Walter Guevara y el PRIN de Lechín Oquendo. Al primero lo conminaba a admitir que “o la Revolución existe y, por ende, este tiempo [1952-1964] es distinto a la época que lo precedió [1936-1952] o la Revolución no existe”⁴⁴, agregando que el MNR “fue capaz de encontrar una táctica, ella sí propiamente boliviana”.⁴⁵ Al segundo le reprochaba su desconocimiento “maniqueo” del revisionismo histórico argentino y que como el POR, buscara aislar al proletariado de las otras “clases nacionales [...] del frente revolucionario”.⁴⁶ El Partido (MNR) es la Revolución, es el hecho histórico de 1952 y el pueblo soberano, así como el “odio” al jefe del Partido (Víctor Paz Estenssoro) era antinacional.⁴⁷ De manera oblicua, pero sin defender al jefe del MNR como Zavaleta, el escritor Augusto Céspedes recuerda que el senado boliviano había sido tradicionalmente el lugar por excelencia de los sobornos políticos, visiblemente desde 1943 cuando se negara una pensión a los herederos del my. Celso Camacho y del tne. Félix Méndez Arcos, héroes del Chaco⁴⁸ y que dicha corrupción se prolongó después de 1952 cuando el Congreso era presidido por el parlamentario oriental Rubén Julio (MNR), cuya fortuna delictiva se invertiría después en alianzas con empresarios brasileños. Éste, lo mismo que Federico Fortún y José Antonio Arce Murillo, que habían sido designados por una convención del MNR para vicepresidentes de Paz Estenssoro, fueron relegados por el jefe a través de la “maquinita” parlamentaria, para favorecer la candidatura a la vicepresidencia de Barrientos.⁴⁹

Zavaleta criticaba el demoformalismo del PSC y el PURS, pero sosteniendo que Paz Estenssoro era “el obstáculo sustancial para el retorno de la reacción”⁵⁰, como lo sabrían los “malos movimientistas” que habían impugnado al jefe, pues “dentro de las actuales estructuras de la política latinoamericana el caudillo es el modo de organizarse de las masas de nuestros pueblos”.⁵¹ Respecto de los militares, se refiere a la “defensa de la frontera interior” y la “absoluta claridad ideológica” del MNR al respecto: “El axioma de que en los países semicoloniales la alianza entre los militares nacionalistas y la clase obrera es indispensable para llevar a cabo movimientos de liberación nacional”.⁵² Atribuía a Busch y Villarroel una “conciencia nacional” (definida mejor por el teórico marxista argentino Juan José Hernández Arregui) como miembros del ejército antioligárquico, continuador de las tradiciones de Bolívar, San Martín y las guerrillas antiespañolas⁵³ y agregaba que “cuando se ataca la reelección de Víctor Paz Estenssoro [o] se cuestiona al general Barrientos (sic), de lo que se trata en realidad es de destruir el poder político de la Revolución. [...] La Revolución es un fenómeno histórico creado por la lucha del MNR [...] y de nadie más [...] y, por consiguiente, el MNR es la Revolución [...] porque no existe en Bolivia otra Revolución que la que ha hecho el MNR”. Sellaría lo anterior citando al jacobino Saint Just: “Un patriota es aquél que sostiene la República en masa; quien quiera que la combate en el detalle es un traidor”.⁵⁴ Todo ello, es decir, cualquier oposición al Partido (MNR), al margen del cual no se realizaba la Revolución en Bolivia, era desviar “al pueblo de Bolivia de la creación de su conciencia histórica”. El título de un pequeño libro de Zavaleta, *Bolivia: Crecimiento de la idea nacional* (1965) consideraba estos temas, concentrándose en la idea nacionalista

de oponer el ejemplo de la defensa de “los derechos de los ingleses”, es decir, frente a ideas universalistas negadas en nombre de “la realidad [de los] países periféricos y semicoloniales”, donde no sería posible que “las luchas políticas se libren entre posiciones filosóficas de tipo universal porque lo que se discute son hechos mucho más inmediatos y urgentes”. Postergaba así la definición religiosa cristiana o atea del Estado Nacional (ideológica), citando una aseveración entregada al conocimiento histórico del nacionalista argentino Abelardo Ramos: “Jamás en la historia se ha desenvuelto ningún movimiento que desde sus comienzos fuese totalmente claro en sus formulaciones”.⁵⁵ Y Zavaleta acentuaba su visión afirmando que “sólo merecen vivir los pueblos que se proponen a sí mismos una vida plena y poderosa”⁵⁶, en el sentido exacto en que la “nación francesa” había reemplazado, en su décalage hacia la conservación del viejo orden que prometiera impugnar, la igualdad social por la del campo de batalla, en la forma de un nacionalismo que ocultaba la diferencia de clase en nombre de la grande nation.⁵⁷

En sus memorias de 1970 sobre el golpe de 1964 en cambio, no publicadas en vida del autor y que encuentra a Zavaleta junto al nuevo gobierno del reelegido Paz Estenssoro, las referencias a la Revolución francesa proliferan, comenzando por llamar “cretino” a Barrientos desde una cita de Thiers, que es el epígrafe de la conspiración preparatoria del golpe⁵⁸ y luego refiriendo a Saint-Beauve, Marat, Blanqui, Monnerot. En realidad, Zavaleta escribe la memoria de 1964 como un debate consigo mismo y con lo que afirmaba públicamente unos meses antes del mismo año de 1964 (por ello y los datos personales incluidos, no publicó su texto); porque si Barrientos era menospreciado en el MNR por “su tendencia a los diminutivos”, aquella máquina poderosa de legitimación que explica la teoría del Estado moderno desde la Revolución francesa dependía en Bolivia de la “maquinita” del MNR, es decir del aparato antidemocrático dirigido por Federico Fortún, reemplazado después por Barrientos con aceptación de Paz Estenssoro, para imponer la posición del jefe del MNR frente a los diversos comités del movimiento “nacionalista revolucionario”: “A la mayoría automática [...] se le llamó ‘la maquinita’, que, hasta en su nombre, por el regusto por el diminutivo, que parece que comparten altioplánicos y sevillanos [antes lo dice de Barrientos que era valluno], era un caucus burocrático [reunión de jefes de “tribu”, para elecciones preliminares en Estados Unidos] que se complacía en ofrecer un rostro amenazante”.⁵⁹ La “maquinita” era el mismo MNR, unido por el jefe que dicho aparato hacía posible en la sustitución de las voces opositoras de la sociedad. Con palabras de Mathiez (de su Historia de la revolución francesa), Zavaleta descalifica a los dirigentes Siles Zuazo y Lechín Oquendo respecto a Paz Estenssoro porque “no fueron capaces de sacrificar sus odios”.⁶⁰

Desconociendo su propia retórica antiimperialista y la crítica a los “antiimperialistas cipayos” (término extraído de Sergio Almaraz y la influencia del revisionismo histórico argentino de Jauretche, distanciado de los también peronistas Ramos, Puiggrós y Ortega Peña) que expusiera en la universidad de La Paz y añadiendo una coda emenerista al tradicional “Árbol del Poder” en Bolivia (capítulo II), Zavaleta escribirá en 1970: “En [1956] y aun en [1960] la idea de la validez del partido estaba muy arraigada entre todos en el MNR y la noción de la Revolución era creída verdaderamente [...]. El respeto por tal esqueleto moral, la Revolución, ennoblecía hasta



El Gral. René Barrientos, entonces vicepresidente del MNR, se entrevista con Lyndon Johnson en los Estados Unidos, Texas (Sacchi, *op.cit.*, p. 123). El signo de la victoria MNRista se hace con la mano derecha.



Paz Estenssoro me dijo: "No se haga más ilusiones; yo soy el último presidente civil". Lo recordaré para la crónica del golpe de 1964.

Contra "el patifismo", Zavaleta y los MNRistas escribían que:

Respecto al premio William Faulkner [para *Los deshabitados*] por lo que toca a Bolivia cabe preguntarse si los Estados Unidos de Norteamérica conocen todas nuestras novelas. Honestamente nosotros —como bolivianos— creemos que existen en el país como la de Quiroga Santa Cruz otras novelas igualmente bien escritas con una diferencia: el sello nacional [...] y no de Europa. (Periódico *La Nación*, "Premio todavía no", mayo de 1963, La Paz).

(Habría de esperarse por dos décadas una valoración mejor)

"Quiroga Santa Cruz introduce, en *Los deshabitados*, una analítica de la finitud en medio del sentimiento social. Al respecto, se puede afirmar que *Los deshabitados* recién se leyeron 'bien' en su reedición de 1980". (Ver Luis H. Antezona: "La novela boliviana en el último cuarto de siglo", en Javier Sanjinés (ed.), *Tendencias actuales en la literatura boliviana*, Madrid, Instituto de Cine y Radio-Televisión, 1985, p. 30).



En un artículo, Sergio Almaraz escribió que "Bolivia es un país que hace malos negocios hace cien años". Lo contrario también es verdadero: hace por lo menos cien años que Bolivia es un buen negocio para los extranjeros. Si Bolivia pierde el gas, será el último de sus malos negocios.

("El gas, promesa económica o riesgo para la independencia", en *Gas y petróleo. Liberación o dependencia*, Cochabamba, UMSS, 1967, p. 139. Cuadro de Enrique Arnal, de la familia Zavaleta-Reyles).

El gral. René Barrientos tenía "su explicación", refiriéndose a Marcelo Quiroga Santa Cruz y José Ortiz Mercado, respectivamente:



La Paz es la gran marca aymara. No es un mero proceso de urbanización. Es el resultado de una cultura que comienza antes, con la domesticación de la papa, por ejemplo.



Uno de los que lo ha planteado [el Juicio de Responsabilidades a su gobierno] es un *vástago de la rasca* y el otro es un *traidor* al que ayudé a ser diputado nacional...

(Periódico *El Diario*, La Paz, 7 de agosto de 1968).



Mientras todo esto ocurría, Ernesto 'Che' Guevara era asesinado en Santa Cruz, encontrándose prisionero de las FF.AA. y sólo décadas después se devolverían sus restos.

cierto punto los actos de todos: había un *minimun final* que no debía sobrepasarse, en respeto a la causa de la Revolución. Quizá el efecto más devastador de la ayuda [norte]americana y del pensamiento negociador [se refiere a la aceptación activa del MNR en la intervención financiera norteamericana, misma que Zavaleta no cuestionó] fue que el MNR perdió respeto a su propia Revolución. Cuando hay algo que está por encima de todos [ya no lo estaba Paz Estenssoro], la unidad viene de ello”.⁶¹ Esta misma memoria documenta cuán “noble” era para entonces la continuidad de tres periodos gubernamentales del MNR: los muertos obreros y campesinos, miembros de diversos comités del MNR en disputa; la represión a FSB que acabó con su dirigencia, incluyendo universitarios. Zavaleta dirá que FSB termina participando de la Junta Militar de Barrientos y Ovando, porque “retrocedió de la consagración de la violencia a la politiquería” al no estar ya interesada en enfrentarse con sus represores sino “en que unos vivieran para que otros triunfaran y al revés [...]. Entonces el oscuro iba a tomar para sí al sol del MNR”.⁶²

Según su interpretación, la política era un destino y su forma desde la Revolución francesa, los Estados Nacionales.⁶³ Con mayor énfasis ontológico que el nacionalismo francés de Malraux (capítulo IX), escribe: “Como Francia entonces [se refiere a la Revolución de 1789 pues cita a Marx al respecto] Bolivia es ahora, para la América Latina al menos; no un país con mucha política sino la política misma. Es un país completamente atrasado pero está viviendo, o ha vivido, políticamente, una etapa clásica”. Y también: “[Bolivia es el] laboratorio social de una zona completa del mundo como lo fue en su tiempo la Francia de [1848] y la Comuna [1871]”.⁶⁴ Pero si consideramos que ambas citas fueron escritas en 1970, las mismas se ven desmentidas en lo que tienen de afirmación de la Revolución de 1952 por una de su exposición de 1964 en que se admite que la Revolución ya era entonces la legalidad resultante del proceso previo: “La Revolución es ahora el orden”, interpretación de la Revolución francesa aplicada a Bolivia, en la que sólo puede verse la pretensión de legitimar la interrupción del proceso revolucionario boliviano de 1952: “‘Aquellos la Revolución —escribió acerca de la Comuna de París de 1870— había pasado a ser el estado legal de Francia’. [...] La Comuna empieza por romper un orden existente pero después de sus medidas revolucionarias se convierte ya en un orden. Es también, *mutatis mutandis*, lo que ocurre con la Revolución Boliviana hoy, en mayo de 1964. [...] La Revolución, que fue primero una lucha y una rebelión contra la dictadura de la oligarquía, es ahora el estado legal de Bolivia [y] todos en este país se definen en relación [a ella] y este hecho es, per se, una victoria histórica del pueblo de Bolivia”.⁶⁵

¿Cómo entender esta visión victoriosa final, a meses del derrocamiento de Paz Estenssoro, al comenzar el frustrado cuarto periodo de gobierno del MNR? Aquí cabe releer las palabras de Quiroga Santa Cruz: el control del Estado por los diestros del MNR, no como victoria del pueblo sino como derrota de su esperanza y por tanto de la Revolución misma se ha producido ya años antes, al menos desde que en 1958, el gobierno de Siles Zuazo oficializara la dependencia financiera de los Estados Unidos que Paz Estenssoro gestionara. La formación de un Comité Revolucionario del Pueblo en el derrocamiento del MNR (1964), intentaría funcionar como correctivo al “termidor pequeñoburgués”⁶⁶ que había derrocado al MNR. El movimiento de pro-

testa de la sociedad civil contra “el Estado del ‘52” como se ha dado en llamar a la institucionalización burguesa del hecho revolucionario, fue apoyado por las FF.AA. dirigidas por Barrientos y Ovando. La presencia de FSB en el mismo, no era todavía un índice de “la promiscua familia de los partidos bolivianos” que señala Zavaleta; lo sería unos años después de manera ejemplar con la alianza de los jefes del MNR y FSB que se descalificaban mutuamente un poco antes: Víctor Paz Estenssoro y Mario Gutiérrez Gutiérrez.

Si es verdad que lo dicho en 1964 no puede presentarse como la totalidad de los hechos que atravesaban su conciencia, lo escrito (y deliberadamente no publicado) en 1970 sería una desfiguración de ellos. La primera alocución sumaría medio centenar de páginas y la segunda tres veces más. Si en 1964, mucho antes de la alianza MNR-FSB para sostener la dictadura antipopular y proestadounidense del entonces cnel. Banzer (1971), Zavaleta decía que la afirmación del carácter despótico y dictatorial del jefe del MNR por el de FSB podía ser puesto “cómodamente, en duda”; en 1970 diría que 1964 no se trató de “un hecho militar local” como las memorias del jefe del MNR afirmaban, sino en lo que no es explicar la historia por sus antecedentes sino construir un discurso por sus consecuencias de un plan norteamericano contra la Revolución Boliviana: “Fox [oficial norteamericano que prohió a Barrientos] fue pues el padre del 4 de noviembre [de 1964], Barrientos su testaferro, Siles su tramador local, Lechín su acompañante y el país, el escenario, el testigo inerte y la víctima”.⁶⁷ Difícilmente la memoria social de 1964 podría tener cabida en esta ficción. El derrocamiento del jefe del MNR por los norteamericanos, habría encontrado en la boca del ministro del Interior de Barrientos su confirmación, frente a lo cual Zavaleta opone “el testimonio de un testigo (sic) de primera clase”, el Che: “Los ojos vivos de Guevara muerto tenían todavía calor como para seducir a lo menos a una generación entera, la más nueva”.⁶⁸ Zavaleta reafirmaba en 1970, la identidad del MNR con la Revolución y afirmaba que los opositores del MNR, internos y externos, habían demostrado al unirse en 1964 (en el CRP) “lo poco que valen allá [en Bolivia porque escribía desde Inglaterra] las consignas de aire frente al poder de plata”.⁶⁹ Menos de un año después de escritas estas memorias, el MNR y FSB derrocaban al gobierno del gral. nacionalista Juan José Torres, apoyando a sectores reaccionarios y pronorteamericanos (ex barrientistas) de las FF.AA. (cnel. Hugo Banzer y otros). Esta debió ser la razón histórica en vez de política⁷⁰, que evitaría la publicación de estas memorias que descalificaban al antes ponderado Barrientos, luego “bien provisto por la vianda yanqui”, lo mismo que a varios otros oficiales de las FF.AA. mientras realizaba que el gral. Alfredo Ovando, que había dirigido la represión a la rebelión de FSB en 1959 y para entonces (1970) se conocía por la nacionalización de los hidrocarburos en poder de Gulf, se refiriera solitariamente al MNR como “un gran partido”⁷¹; Zavaleta también acudiría a Guillermo Lora (POR-trotskyista) para establecer “la rotunda diferencia de grado y calidad entre los regímenes del MNR y Barrientos”.⁷²

Al contrario de la historia que tan particularmente recordaba Zavaleta, con Marx podría decirse que era la reacción de la sociedad civil boliviana contra esa “maquineta” de 1964 que reeligiera a Paz Estenssoro, la causante de la caída del MNR, la que correspondería a la farsa del MNR de repetir la historia de la Revolución

francesa (burguesa) y de la Revolución rusa (proletaria) al mismo tiempo, es decir, la suplantación del pueblo o soberano al identificar su “voluntad general” primero con el policlasismo nacionalista y luego con la retórica del “poder dual” a favor de la supuesta identidad buscada por el Estado Nacional. Se trataba de la disputa de la legitimidad de la administración del “Estado de 1952” (entre jefes de distintos comités del MNR: Siles, Lechín y otros) a través de dos discursos: el interno contra la oposición al MNR, abstractamente calificada de Antipatria (la sociedad civil) y el externo o la “defensa de la frontera interior” como decían supuestamente “las FF.AA. del MNR”. El texto de Zavaleta efectúa una paráfrasis de Marx que en realidad remite al pasado como nostalgia, intentando escapar de la imagen de farsa que Marx elaborara (según Furet demuestra) como estrategia retórica para afirmar la preeminencia de la sociedad civil sobre el Estado: “Cuando los hombres recuerdan a la historia quiere hacer, al decirlo, la historia sucede por segunda vez. La memoria de su nueva existencia”.⁷³ Podría pensarse que tanto en esta frase como en el título del capítulo “El segundo noviembre”, se pretende evidenciar una reminiscencia en el sentido de Proust, pero el carácter de la misma tiene objetivos más prosaicos a pesar de la sugerente y barroca prosa de Zavaleta: tratar de reescribir o al menos negar, el carácter claudicante de la Revolución Nacional y atribuir el derrocamiento del MNR al asalto contra “una casa que nadie defendía”.⁷⁴ Concluía este análisis con una paráfrasis de la interpretación reaccionaria de Monnerot sobre la Revolución francesa (“las elites son ineficaces”) respecto a la ineficiencia de la Revolución Nacional frente a la contrarrevolución.⁷⁵

De manera que hasta el final del texto (1970) Zavaleta sostiene que el MNR encarnaba (aunque fuera débil o inorgánicamente) la Revolución: “Los hechos no están completos [...] hasta que no vienen los hombres y los interpretan”.⁷⁶ Pero evidentemente la historia próxima no favorece su interpretación y por ello el texto de 1970, quedará suspendido en la producción teórica y la práctica política conocida de Zavaleta, que se dirigirá hacia el MIR, concluyendo en el inocuo PCB. Como Zavaleta atribuía a Lechín recordar en noviembre de 1964 el hecho de abril de 1952 (conspiración desde dentro del Estado)⁷⁷ sabemos que soñaba en la víspera del golpe de 1964 como si el Estado y el régimen político fueran idénticos después de doce años de poder del MNR. Su acusación a Lechín como “blanquista” o “infantilista revolucionario” (por Auguste Blanqui) al actuar al margen de los mineros, tenía como contraparte la noción de que en 1952 el pueblo se apropió del golpe militar previo y lo convirtió en insurrección. Según Zavaleta la insurrección era un arte “pero a condición de que pinte dentro del bastidor”⁷⁸, es decir, insiste en el orden de 1952 como el límite de la acción obrera revolucionaria y desplaza el derrocamiento del MNR a la ineficacia del Comité Revolucionario del Pueblo frente al Ejército, el que el MNR había recompuesto por decisión de Paz Estenssoro en el sentido de la doctrina de seguridad nacional norteamericana.

Quiroga Santa Cruz lo expresaría con mejor realismo, respondiendo a la pretensión postrera de Barrientos por usurpar el hecho social del derrocamiento del MNR y desvirtuar el histórico carácter del fenómeno insurreccional de masas en Bolivia:

Debo referirme, a pesar mío, a la participación que en la revolución del 4 de noviembre tuvieron

las FF.AA. La injusta preterición de que sólo a aquellas correspondería el mérito de la victoria me obliga, en acto de modesta reparación y desagravio, a tratar un tema ingrato. Pero es que ninguna consideración de oportunidad [puede] silenciar mi voz de protesta por el deliberado olvido de tanto y tan noble sacrificio colectivo. [...] Ninguna revolución inspirada en una causa popular tuvo en el Ejército el espontáneo iniciador de la acción libertaria. O marchó a la zaga de su pueblo, o intervino tardíamente para aplicar el tiro de gracia al tirano vencido, o fue arrollado por multitudes resueltas a castigar su complicidad con aborrecidas dictaduras. La de noviembre es un ejemplo de revolución popular, culminada por la intervención del Ejército. [...] El proceso insurreccional, agudizado en el mes que precedió a la caída del último gobierno, planteó a las FF.AA. la disyuntiva insoslayable de sumarse a ella o caer con el gobierno [con] quienes fugaron del poder y del país.⁷⁹

¿Cuál entonces “el par de fechas” en las que discrepaban Zavaleta y Quiroga Santa Cruz? Presumiblemente sería el desacuerdo clásico respecto a dos “momentos” de aquél proceso, exceptuando 1789 en el que no existe discrepancia sobre la irrupción del mismo. Esos momentos fueron posteriores, el de 1848 y 1871, ambos “legalmente revolucionarios” para Zavaleta, de “restauración burguesa” según Quiroga Santa Cruz (quien enjuició los doce años previos a 1964, desencantándose pronto de la Junta Militar dirigida por Barrientos por lo que llama el fomento de la impunidad, la ausencia de sanción a los delitos que se denunciaban los años anteriores). Las “dos fechas de la Revolución francesa” son importantes respecto a la interpretación del proceso revolucionario y los métodos del mismo: para Zavaleta (como el joven Marx) la Revolución francesa en analogía con la Revolución Nacional de 1952 se continúa hasta la Comuna de París sin pausa y aun después en la V República burguesa; para Quiroga Santa Cruz la Revolución francesa concluye en la farsa de 1848 (reinterpretación del Marx maduro) a la que seguirá su fase final de Terror de 1851, como Barrientos en el largo ciclo del militarismo desde 1964 hasta 1982 ampliando la lógica corruptora del Estado de 1952. Si Zavaleta defendía el orden posrevolucionario del MNR, Quiroga Santa Cruz no olvidaba que el carácter de una revolución supone reclamar su realización continuada, fecha que en el caso de la Revolución francesa sería la de “el sol de 1793”.⁸⁰

Simultáneamente al texto conservador de 1970, Zavaleta realizará un “giro” pronunciado hacia el marxismo clásico en un sentido teórico y más académico, pues continuará defendiendo al proceso de 1952 mediante una práctica política inocultablemente oportunista entre la nueva generación de “izquierda nacional” boliviana que propugnaba el “entronque histórico con el MNR” (MIR) y el inocuo grupo posguerrilla guevarista del PCB. Al tiempo que adhiere al MIR en 1971, en rivalidad con el PS (en el que interviene Quiroga Santa Cruz por UNIR, junto a otras tres agrupaciones políticas que se fusionan, capítulo XIII) mantendrá esta preferencia hasta su muerte inesperada, desde su lugar académico relevante en la UNAM y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de México.⁸¹ Su libro *El poder dual en América Latina. Estudio de los casos de Bolivia y Chile*, está inscrito desde el título, en un proyecto de investigación cuya identificación de rigor latinoamericanista responde a lo señalado y continúa en un discurso teórico alrededor de conceptos marxistas gramscianos, relativos a la política desde las revoluciones francesa y rusa (bonapartismo y semibonapartismo, dualidad del poder, leninismo,

marxismo y otros). Fue resultado de un itinerario institucional explícito, escribiéndose desde diciembre de 1972 (Santiago de Chile: ODEPLAN del gobierno de Allende y CEREN de la Universidad Católica de Chile) hasta diciembre de 1973 (Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, con apoyo de St. Anthony's College de Oxford, donde escribiera su memoria de la caída del MNR en 1964).⁸²

René Zavaleta Mercado no retornará a Bolivia ante la inminente amnistía política arrancada socialmente a Banzer, a diferencia de Quiroga Santa Cruz (que vuelve a fines de 1977) y dedicará un curioso capítulo en uno de sus últimos trabajos (1983) al asesinato político del dirigente socialista, intentando separarlo de su real intimidad con el movimiento revolucionario de masas boliviano (una muestra más del celo que le tuvo una buen aparte de la “izquierda” boliviana)⁸³ en lo que se observa una conducta esquizoide respecto a la realidad sociopolítica boliviana, pero comprensible en un intelectual que defendiera al Estado de 1952: “El egoísmo nacional escribió Marx en su crítica a La sagrada familia... es el egoísmo natural de la esencia general del Estado, por oposición al egoísmo de las delimitaciones feudales”.⁸⁴ Después de la Asamblea Popular (en la que no llegó a ingresar el PS y que en el libro de Zavaleta parecía no existir, ponderándose sólo la presencia del MIR, a través del dirigente universitario Oscar Eid Franco) Zavaleta concluye que la experiencia a extraer era que “sin partido obrero la clase obrera no puede vencer”⁸⁵, necesidad de coherencia ideológica que en su alocución de 1964, en defensa y promoción electoral del MNR, rechazaba. Durante el esfuerzo unitario de la izquierda boliviana en el exilio por conformar el FRA en Santiago de Chile (perteneciendo Zavaleta a un ala del MIR) se refería tanto a equidistantes “figuras individuales como Quiroga Santa Cruz”⁸⁶ como (en privado) al supuesto “extremismo de izquierda” del dirigente socialista aludido (capítulo XIV).

Volvamos entonces, para cerrar este círculo desafortunado, al origen del desacuerdo desarrollado en el diálogo inicial que René Zavaleta y Marcelo Quiroga sostienen. Después de la detención de Zavaleta en una camioneta militar para su confinamiento en Madidi, ingresaba a ella Quiroga Santa Cruz sorprendiendo al primero, quien le preguntó perplejo: “¿Y tú, qué haces aquí?” Zavaleta hablaba como la mayor parte de la izquierda partidaria tradicional, excluyendo de dicha posición al dirigente socialista. (Quiroga Santa Cruz era para el POR-Lora un burgués liberal, para el MIR un marginal desubicado, para el PCML un ex FSB, para VO un ex PIR, para GRO un ingenuo con el MNR, para el ELN era “señorial”...). La respuesta de Quiroga Santa Cruz equivale a una comprensión subversiva del derecho, ignorada por costumbre en la izquierda. Y su estela de buen humor persistirá en la memoria de esta historia: “Vas a disculpar —le habría dicho a René Zavaleta— todos tenemos derecho”⁸⁷. La ironía implícita tenía una historia propia, además del humor de la respuesta. En su primera intervención pública de carácter político, Quiroga Santa Cruz había expresado respecto a lo que consideraba la frustración del proceso revolucionario de abril de 1952:

Soy de los que sostiene desde hace tiempo, que el Movimiento Nacionalista Revolucionario el año 1952 mereció la adhesión del país en su mayoría. Soy de los que sostiene que si ellos han fracasado en el gobierno también nos han arrastrado a nosotros en este fracaso. Todos los hombres de

este país teníamos el derecho de confiar en que esa grande esperanza puesta en sus manos no fuese frustrada; teníamos el derecho de exigir que ellos, apoderados políticos nuestros, fuesen dignos de esta confianza popular.⁸⁸

El rumbo del desacuerdo entre Zavaleta y Quiroga Santa Cruz desde la crítica del segundo al MNR en 1960 englobará posiciones políticas y colectivas distintas (que sin embargo estarán ambas situadas en la izquierda boliviana) en las décadas posteriores, alrededor de cuestiones algo ríspidas sobre la cuestión guerrillera, el programa y nuevos partidos revolucionarios (MIR vs. PS), la corrupción de Barrientos y el MNR por la Gulf (revelada por su oficiante norteamericano en 1975). En simpatía con el ELN, Zavaleta había reaccionado a la aparición sorpresiva de la guerrilla del Che en el escenario político boliviano “desde dentro del MNR”, comprometiendo simultáneamente su concurso personal con la misma, y pretendiendo demostrar las diferencias que existirían entre “los revisionistas tradicionales y el ala derecha del MNR” respecto a la posición revolucionaria que declaraba integrar. El PRIN de Juan Lechín Oquendo también ofrecía tener una “representación” en la guerrilla, pero eludió reunirse con los miembros del ELN en Cuba, aunque un grupo de su partido había ido allá para recibir entrenamiento guerrillero. El dirigente del PRIN y encargado de reclutar al grupo, Jorge Selum, prometía apoyar con 500 combatientes, que en realidad se reducían a 12, sólo dos de ellos entrenados.⁸⁹ Zavaleta, entrevistado sobre las condiciones para la lucha guerrillera en Bolivia, había respondido que a pesar de la velocidad inconveniente de la guerrilla del Che, en Bolivia se podía crear “una especie de nuevo Vietnam en miniatura” y estaba convencido que la guerrilla tenía el mérito de haber roto con las direcciones comunistas tradicionales (se refería la PCB y al PC-ML): “Nosotros, en la izquierda del MNR —declaró— dentro de tres meses estaremos en condiciones de enviar los primeros contingentes a la guerrilla.”⁹⁰ Fueron dos ex militantes de la juventud del PCB, Rodolfo Saldaña (“Saúl”) y Humberto Vásquez Viaña (“Carlos”), los que con apoyo cubano a la guerrilla del Che, reclutaron a experimentados dirigentes políticos, con los que desarrollaron negociaciones desde mayo de 1967 (entre ellos René Zavaleta). En una curiosa afirmación y acaso por lo fugaz no militarista sino voluntarista respecto a la lucha política en aquella coyuntura, Zavaleta confiaba en que la guerrilla y el ELN formarían “su propio partido estructurado alrededor del fusil y de las experiencias adquiridas en la lucha”.⁹¹ Y además, declaraba que para evitar el aislamiento de la guerrilla (así como Quiroga Santa Cruz atendía a evitar el aislamiento de la clase obrera) él mismo se sumaría al ELN, lo que sucedió el 13 de septiembre de 1967, jurando junto a otros cuatro militantes fidelidad a la guerrilla del Che y viviendo a la revolución cubana, pero “muy pronto dejó el grupo”⁹² y aparecería con el MIR, además en franca e inocultable tensión con(tra) el Partido Socialista. Respecto a la lucha guerrillera, las posiciones de Zavaleta y Quiroga Santa Cruz diferirían tácticamente. El primero convalidó la ambigüedad programática y constitutiva del MIR, que repetía la historia del ELN en cuanto a privilegiar un tipo de organización de la pequeña burguesía (en el MIR “jamás se sostuvo que la vanguardia armada debería sustituir al movimiento de masas”)⁹³, mientras el segundo concebía la fase armada de un proceso insurreccional, criticando teóricamente y combatiendo ideológica-

mente las desviaciones militarista y espontaneístas de la estrategia revolucionaria de la clase obrera. De manera que si Marcelo Quiroga Santa Cruz reflexionaba sobre la significación de la lucha guerrillera en el contexto boliviano (Lo que no debemos callar... e intervención parlamentaria) desde una posición nacionalista de izquierda en 1967, impulsaría las tareas organizativas clandestinas y armadas de resistencia del PS al golpe de Banzer de 1971.

La posterior condena explícita de Zavaleta al ELN, se expresa de un modo que se podría desplazar sin violencia a un fragmento autobiográfico: “El secuestro de Von Berger [efectuado por el ELN en Bolivia] resolvió a la poderosa colonia alemana a participar en la conspiración de un modo tan activo como no lo había hecho jamás en el pasado. [...] Nunca se dio una razón política para explicar el secuestro. Ello muestra en qué grado este tipo de organizaciones tienden a vivir cada vez más intensamente en torno a sus motivaciones internas. Se debe actuar porque es internamente necesario hacerlo; el mundo externo no existe sino como el lugar en el que se vacía ese impulso o necesidad interior”.⁹⁴ La forma discursiva de El poder dual..., oscila entre supuestas antinomias políticas que en otros momentos son cambiantes formas “híbridas”. Expresiones relativas al “poder dual” y la política “desde arriba” y “desde abajo” entre otras. En relación a Quiroga Santa Cruz, porque el dirigente socialista había apoyado la integración de toda la izquierda boliviana en el FRA, incluido el ELN. La dictadura banzerista ayudada por el grupo colaboracionista de Guillermo Aponte Burela, advirtiendo el peligro político de este esfuerzo, lo acusaría de “ultraizquierdista”, acusación infundada que tempranamente el MIR divulgó como opinión común, de la que al parecer Zavaleta había hecho eco, sea por la misma inferencia capciosa que la derecha difundía o por una percepción interesada propia, desmentida documentalmente por la línea política del PS, misma que rechazaba el utilizar de modo excluyente alguna de las formas de lucha, en este caso la armada.⁹⁵

Zavaleta consideraba que el MIR sostenía “direcciones universitarias mal controladas”, pero después de haberse sumado a esa nueva organización apenas formada. Encabezando un sector del MNR, Zavaleta (que había militado de joven en el PSC, antecedente del Partido Demócrata Cristiano) se unió al MIR, un mes después de la formación del Partido Socialista (1ero. de mayo de 1971) y en oposición a este, mediante una carta pública en la que todavía dudaba de que el MNR reunido en Lima estuviera “en lo concreto en la conspiración con el fascismo” y añadía en un texto de evidentes contradicciones, que “los actos entreguistas de los gobiernos del partido [MNR]” se habían debido a una “obcecación con la táctica”, concluyendo que “la tendencia de izquierda en el partido, el integrarse en el MIR no hará sino continuar su propia historia en lo que es su coherencia y su coherencia necesaria. Es en nombre de esa tendencia a la que he pertenecido siempre que asumo la responsabilidad de convocar a sus militantes a integrarse en el [MIR]”, añadirá que la izquierda debía agruparse “para la conquista del poder socialista que no es una mera palabra”. Este era el antecedente retóricamente crítico de una táctica política oportunista que el MIR llamará después “entronque histórico” no con la revolución de 1952 sino con los saldos del MNR.⁹⁶ Su posterior crítica al MIR se refería al actuar encubierto del ELN bajo las direcciones estudiantiles de la alianza MIR-izquierda de la Democracia Cristiana desde 1969.⁹⁷ Pero representaría al MIR durante su exilio en Chile, asistiendo

como delegado suyo ante el Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA), que reunía al conjunto de las organizaciones de izquierda (nueve en total) y defendería su papel en la Asamblea Popular al menos hasta fines de 1973. A principios de los '70, el esfuerzo de constituir una instancia política que conquistara un espacio para que el ELN desarrollara la lucha legal, ocurriría muchos años después a través del PRT-B que se fundó en Lima (abril de 1975) durante su "Ampliado Nancahuazú", pero la desviación de la lógica militar sobre la interpretación política de la lucha inutilizaría la iniciativa política plantada sobre bases de experiencia guerrillera y por tanto clandestina desde el principio. La represión de la Operación Cóndor y no sólo el banzerismo en Bolivia, afectaría al PRT-B, cuyos lazos con el ELN impedían toda acción que no fuera la militar. Los montoneros argentinos habrían de intentar algo semejante de modo tardío y frustrado al fundar el Partido Auténtico, sobre el que Quiroga Santa Cruz escribió:

La evidente vinculación de este medio de reconquista de la legalidad y de preservación de los debilitados nexos con la clase obrera organizada, con la organización crecientemente embargada por el enfrentamiento armado, frustró el intento.⁹⁸

La intención de rectificar la dirección militarista del ELN no lograría superar los pobres resultados políticos que se observaron también en otras tendencias militaristas de organizaciones países vecinos, como el MLN-Tupamaros (Uruguay) con el que, objetivos de autofinanciamiento mediante, se vinculó el ELN boliviano desde fines de 1969, o el ERP argentino (trotskista). A través del PRT-B, el ELN desplazó erróneamente toda su dirección militante de Lima a Bolivia, como había sido su intención cuando el FRA, algo que Quiroga Santa Cruz desde el PS refutó políticamente, frustrando la desviación militarista y persistiendo en interpelar a través del debate ideológico al ELN, en función de la unidad de izquierda frentista y la unidad institucional obrera lograda parcialmente en la Asamblea Popular en 1970; sin este horizonte, el ELN y el PS sostenían proyectos distintos.⁹⁹ La experiencia del ELN en Bolivia arrojaría como resultado una inserción política limitada, debido al nulo trabajo de masas, que había sido constitutivo de su estructura militar; no había buscado relacionarse con obreros y campesinos para "entroncarse con las organizaciones de masas, ni para insertarse en sus direcciones, sino más bien de sustraerlos de la vida sindical para sumarlos a las filas de la guerrilla".¹⁰⁰ Sus escasos militantes obreros y campesinos fueron cooptados por la fracción trotskista del POR (Combate) y bajo la dirección de Chato Peredo se contrariaron las recomendaciones del máximo dirigente (asesinado por la Policía) Inti Peredo, incrementando el reclutamiento de militantes en la clase media, que apoyó el nuevo alzamiento de una organización "impaciente y fierrera [militarista]"¹⁰¹ durante un cambio de coyuntura (el gobierno de Ovando 1969-1970). La única condición para la creación del "hombre nuevo" era el voluntarismo: estar dispuesto a tomar las armas¹⁰² y con esta endeble condición el ELN asaltaba la Cervecería Boliviana Nacional, mientras Quiroga Santa Cruz explicaba las condiciones necesarias para que el capitalismo de Estado se exprese en una vía revolucionaria hacia el socialismo, a partir de la nacionalización de la Gulf, a la que en un documento de enero de 1970 el ELN calificaba como una

medida “permitida por el imperialismo” (sic). En cuanto al FRA de Santiago, el ELN demostró descreer del hecho obrero de la Asamblea Popular: “No creía en [su] viabilidad, aunque la reclamaba como un producto de las guerrillas de 1967 y 1970”.¹⁰³ Sería el socialismo como “ciencia vivida”, en vez de una representación abstracta o voluntarista, la corriente política que posibilitaría la superación del nacionalismo revolucionario, al postular existencialmente la libertad del deseo pues, como dijera Lacan a Althusser, la libertad espontánea “es la única por la que se muere”¹⁰⁴, por la que lucha toda revolución; lo nuevo para ser tal, debía reconocer tal libertad.

Notas

- 1 Marcelo Quiroga Santa Cruz: "Carter, el bolchevique", periódico El Día, México, D.F., 15 de abril de 1977, en *Hablemos de los que mueren*, México, Tierra del Fuego, 1984, p. 109. *Cursivas mías*. Ver n. 291 del capítulo XX.
- 2 Periódico Jornada, miércoles 30 de octubre de 1968.
- 3 G29-MQSC (1979).
- 4 El texto entrecomillado es la recreación sintética de algo referido en una entrevista, ver el guión de la obra teatral del Teatro de los Andes dirigido por César Brie: *Otra vez Marcelo*, La Paz, Plural, 2005, pp. 22-23.
- 5 Eric Hobsbawm: *La era de la revolución 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 63.
- 6 El Estado da sentido a la historia de la libertad del hombre, "flor contingente" (griegos), universalidad privada (cristianismo), universalidad abstracta (Revolución francesa), y libertad sustancial (Estado moderno), en François Furet: *Marx y la Revolución francesa*, México, FCE, 1992, pp. 18-19.
- 7 Marcelo Quiroga Santa Cruz: "Muertos los partidos, ¿quién vive?", en columna "Comentarios" del periódico El Diario, La Paz, sábado, 12 de junio de 1965.
- 8 Marcelo Quiroga Santa Cruz: "Las razones del golpe I", periódico El Día, México, D.F., 28 de noviembre de 1975, en op. cit., 1984, p. 212.
- 9 Hilaire Belloc: *Robespierre*, Barcelona, Juventud, 1969, p. 26.
- 10 Id., pp. 28-30.
- 11 Furet, op. cit., p. 91.
- 12 Susan Buck-Morss: *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid, Visor, 2004, p. 31 (hipertexto).
- 13 Id., p. 32 (hipertexto).
- 14 Ibid.
- 15 Saint Just lo había escrito así, añadiendo que había que gobernar con el hierro a aquellos ingobernables por la justicia: "hay que oprimir a los tiranos", en Denis Roche: *Libertad o muerte 1789. Reflexionad... y escoged*, México, Extemporáneos, 1970, p. 86.
- 16 Buck-Morss, op. cit., 2004. *Cursivas mías*.
- 17 Id., p. 34 (hipertexto).
- 18 Furet, op. cit., p. 41.
- 19 Id., pp. 16-17.
- 20 Id., pp. 12-13.
- 21 Id., p. 13.
- 22 Id., p. 15.
- 23 Jean-Pierre Lavaud: *El embrollo Boliviano: Turbulencias sociales y desplazamientos políticos 1952-1982*, La Paz, IFEA/CESU/HISBOL, 1998 *passim*.
- 24 Buck-Morss, op. cit., 2004, p. 32 (hipertexto).

- 25 Furet, op. cit., p. 72.
- 26 Id., p. 73.
- 27 Cit. Tocqueville por Furet, op. cit., p. 73, n. 3.
- 28 Id., pp. 77-78.
- 29 Id., pp. 28, 36 y 81.
- 30 Cit. Marx por Furet, op. cit., p. 28.
- 31 Id., p. 82. *Cursivas mías.*
- 32 Cit. Marx por Furet, op. cit., p. 88, n. 28.
- 33 Buck-Morss, op. cit., 2004, pp. 34-35 (hipertexto).
- 34 Id., p. 39, 43 y 47 (hipertexto).
- 35 Cit. Marx por Furet, op. cit., p. 23.
- 36 Id., pp. 95-96, n. 30.
- 37 Cit. Marx por Furet, op. cit., p. 99, n. 31.
- 38 Id., p. 26.
- 39 Antonio Gramsci: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos, 1998, p. 153.
- 40 Cit. Marx por Furet, op. cit., p. 205.
- 41 René Zavaleta Mercado: *La Revolución boliviana y la cuestión del poder*, La Paz, Dirección Nacional de Informaciones, 1964, p. 46. *Cursivas mías.*
- 42 “Batalla crítica contra la revolución francesa” de Marx, en Furet, op. cit., p. 144.
- 43 Marcelo Quiroga Santa Cruz: “El enigma descifrado”, columna “Comentarios” del periódico *El Diario*, domingo 31 de octubre de 1965.
- 44 Zavaleta, op. cit., 1964, p. 18. *Cursivas mías.*
- 45 Id., p. 20.
- 46 Id., p. 4. *Cursivas mías.*
- 47 Quiroga Santa Cruz en cambio, rechazaba las alusiones personales en el ámbito del análisis político y público. En un ejemplar que le dedicara Mario Pando Monje, llamándolo “indiscutido exponente de una nueva conciencia nacional de soberanía” (marzo de 1969), tachó las descalificaciones de índole personal, familiar o emocional sobre los dirigentes del MNR, que incluían a Zavaleta. Ver *Los movimientistas en el poder. La revolución boliviana: sus grandezas y frustraciones*, La Paz, El Siglo, 1969, pp. 126 (nota), 131, 185-187, 202, 239, 242 y 250.
- 48 Entre los antiguos diarios conservados por Quiroga Santa Cruz figura precisamente la noticia sobre estos heroicos militares. Ver *El Diario* (1931), *La Razón* (1931), *Tribuna* (1935) y *Última Hora* (1935).
- 49 Augusto Céspedes: *El presidente colgado. Historia boliviana*, La Paz, Juventud, 1966, p. 148.
- 50 Zavaleta, op. cit., 1964, p. 36.

51 Id., p. 38. Citando varias veces a Arturo Jauretche, pp. 19, 29 y 38, también en Bolivia: Crecimiento de la idea nacional, La Habana, Casa de las Américas, 1967, donde dirá que el socialismo en Bolivia no era una elección, sino un “requisito existencial” de un “estado multi-nacional”, pp. 78, 86 y 168.

52 Zavaleta, op. cit., 1964, p. 40 ss. Cursivas mías. Véase la misma certeza, distinta a la teoría sobre el golpismo de Quiroga Santa Cruz, en Andrés Solíz Rada y el GRO en los años siguientes.

53 Id., pp. 41-42.

54 Id., pp. 42-44. Cursivas mías y en el original donde aparece “el MNR es la revolución”.

55 Id. pp. 28, 30, 45 y 56.

56 Id., p. 54.

57 Buck-Morss, op. cit., 2004, p. 34 (hipertexto).

58 Adolphe Thiers fue orleanista y dirigió la represión de la Comuna de París, en que decenas de miles de trabajadores murieron. Ver capítulo III: “Memoria de los aprestos”, en René Zavaleta: La caída del MNR y la conjuración de noviembre (Historia del golpe militar del 4 de noviembre de 1964 en Bolivia), La Paz, Amigos del Libro, 1995, pp. 97 y 129.

59 Id., pp. 142-144 y 152.

60 Cit. Mathiez por Zavaleta, op. cit., 1995, p. 142.

61 Id., pp. 141-142, n. 83. Cursivas mías.

62 Id., pp. 155-156.

63 Cf. Zavaleta, op. cit., 1964, p. 7.

64 Zavaleta, op. cit., 1995, pp. 17 y 139.

65 Zavaleta, op. cit., 1964, pp. 10-11.

66 Zavaleta, op. cit., 1995, p. 185.

67 Id., p. 178.

68 Id., p. 172.

69 Id., pp. 135-136, n. 79.

70 Id., según la “Presentación” de Horst Grebe López, pp. 15 y 132.

71 Id., p. 133, n. 78.

72 Id., p. 183, n. 133.

73 Id., p. 159.

74 Id., p. 196.

75 Id., p. 196, n. 162.

76 Id., p. 159.

77 Id., pp. 186-187.

78 Id., p. 187. *Cursivas mías.*

79 Marcelo Quiroga Santa Cruz: “¿Quién hizo la revolución?”, en columna “Comentarios” del periódico El Diario, La Paz, jueves, 4 de noviembre de 1965.

80 Hobsbawm: op. cit., p. 71.

81 Como catedrático de la UNAM (área de Economía) y director de la FLACSO en México, desde mediados de los ’70 hasta los ’80, Zavaleta dialogará con dirigentes del MIR, mostrando especial deferencia por Antonio Aranibar, ver en René Zavaleta: *Escritos sociológicos y políticos*. 1, Cochabamba, Taller de Estudios Sociales, 1986b y favorecerá algunas postulaciones a estudios de posgrado de esa militancia (como la de Susana Seleme en FLACSO) ignorando recomendaciones especiales efectuadas por Quiroga Santa Cruz. En E3-Juan Carlos Salazar (1996).

82 René Zavaleta: *El poder dual en América Latina. Estudio de los casos de Bolivia y Chile*, México, Siglo XXI, 1974, p. 12.

83 Ver “Quiroga Santa Cruz” en Zavaleta, op. cit., 1983, pp. 48-53.

84 Cit. Marx en Furet, op. cit., p. 145.

85 Id., 1974, p. 10.

86 Zavaleta, op. cit., 1974, p. 225 y nota 50. *Cursivas mías.*

87 Comunicación personal de Alma Reyles, vda. de Zavaleta, en ciudad de México, 15 de julio de 2002.

88 G3-MQSC (1964). *Cursivas mías.*

89 Como ministro de Gobierno de Lydia Gueiler (1979), Jorge Selum Vaca Díez mostrará la más completa indefensión del gobierno ante el terrorismo ejercitado por el cnel. Luis Arce Gómez, quien ordenó asaltar la información del ministerio de Gobierno sin que su ministro atinara al menor gesto de reparación de la afrenta. El mismo militar, como jefe de seguridad del Palacio de Gobierno en 1970, exhibía poseer amplia información sobre la militancia del ELN. Gustavo Rodríguez: *Sin tiempo para las palabras*. Teoponte. La otra guerrilla guevarista en Bolivia, Cochabamba, Kipus, 2006, pp. 92-93 y 565; también en G37-MQSC (1980).

90 “Debemos organizar la resistencia armada”, entrevista a René Zavaleta en op. cit., 1986b, pp. 9-12.

91 Ibid.

92 Consta el acto en documentos que Seguridad del Estado capturó a Loyola Guzmán; con René Zavaleta juraron al ELN: Raúl Ibarnegaray, Mario Arrieta, Félix Rospigliosi y Miguel Ballón. Ver Rodríguez: op. cit., p. 32.

93 Zavaleta, op. cit., 1974, p. 198, nota 20. Ver debate entre el MIR y el PS en prensa de 1971.

94 Id., pp. 209-210.

95 Ver cartas de Ramiro Arze a Marcelo Quiroga Santa Cruz, en capítulo XIV.

96 Zavaleta, op. cit., 1974, p. 190 y carta en la portada del periódico El Diario de La Paz, 2 de junio de 1971: “Sector progresista del MNR integró al MIR”.

97 Rodríguez, op. cit., 2006, p. 574.

98 Segunda parte del artículo de Marcelo Quiroga Santa Cruz: “Las uvas verdes de la legalidad burguesa”, en periódico El Día, México, D.F., viernes 10 de junio de 1977, op. cit., 1984, p. 231. *Cursivas mías para advertir sobre la práctica política inconveniente e inevitablemente retraída hacia una dimensión conservadora, por efecto de una reductiva concepción militarista.*

99 “Cuya concepción de la lucha revolucionaria no es la nuestra”, en Quiroga, op. cit., 1982, p. 46.

100 Rodríguez, op. cit., 2006, p. 278.

101 Id., p. 279.

102 Según el principal cuadro organizador del ELN en Oruro, Guillermo Dávalos. Id., pp. 278 y 589.

103 Id., pp. 314, 551 y 575.

104 Elisabeth Roudinesco: Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento, Santafé de Bogotá, FCE, 2000, pp. 458 y 681, nota 14.

Sergio Almaraz, que había llamado a *nacionalizar el propio gobierno*, muere en 1968. Quiroga Santa Cruz continuó explicando la problemática del gas en universidades de Cochabamba y La Paz:

La naturaleza física del gas y la naturaleza económica de la agresión imperialista son ambas, por sutiles, circunstancias de desorientación.



Entonces Barrientos ordenó el confinamiento de ambas en una inhóspita región tropical (Madidi). Una camioneta con soldados se llevó detenido a René y luego de dar unas vueltas, al Marcelo:



* Comunicación personal de Alma Ryles vda. de Zavala, en México, D.F., 15 de julio de 2002.